

## Un gran libro de cuentos fantásticos

### *La armónica de cristal*

GABRIELA-MERCEDES ARCINIEGAS  
Bronce, Bogotá, 2021, 100 pp.

¿POR QUÉ este libro no figuró en las listas de los mejores de 2021, publicadas en los medios de Colombia?

La pregunta, que me hice en voz alta tan pronto como terminé de leerlo, fue la primera forma espontánea en que se tradujo mi entusiasmo por esta magnífica colección de cuentos. Incluso, pensé a continuación que quizá sí había figurado, pero que ya no lo recordaba, así que realicé la correspondiente averiguación en internet: no, nadie lo había tenido en cuenta, en efecto, en ninguno de esos repertorios, que se me antojaron entonces improvisados y arbitrarios.

Trataré, pues, de deshacer esa injusticia de un plumazo: *La armónica de cristal* es uno de los mejores libros de cuentos escritos en Colombia, que yo haya leído en los últimos años. De los 18 que lo componen, apenas si hallé dos que no me satisficieron; seis me parecieron buenos, o “aceptados”, para emplear la categoría de Javier Marías; cuatro, siguiendo con Marías, “aceptables” (sin desconocer que tienen un valor crucial para el conjunto de la obra). Y oigan esto: ¡seis los juzgué definitivamente estupendos, antológicos! En pocos eminentes libros de cuentos que consten de casi una veintena de piezas es posible encontrar tal proporción en su calidad literaria.

*La armónica de cristal* ofrece, como bondades generales, la capacidad de favorecer una lectura fluida, sin tropiezos, sin forzados retrocesos inútiles, lo que tiene que ver mucho con su estilo diáfano, un estilo dotado con el justo grado de elaboración que precisa el lenguaje narrativo, incluso con pasajes de fina poeticidad:

“[...] un sol fantasmal convertía los automóviles en burbujas incoloras” (p. 32).

“No sé si la podrán tocar. Quedan demasiado suaves. Hagan de cuenta acariciar una caricia” (p. 34).

“Una vez más entró la luz dulce por la ventana, enredándose en espirales azulados de cigarrillo” (p. 46).

“Hazme olvidar lo que no recuerdo” (p. 51).

“Ella, la tierra, era una anciana que perdonaba y olvidaba. Si uno tenía que abandonarla, no era por ella, sino por culpa de los hombres, que no olvidaban nunca” (p. 53).

“La noche era amiga y enemiga en partes iguales” (p. 53).

“Ella vislumbraría un reflejo, una ilusión coloreada por sus prejuicios ópticos” (p. 84).

“Las puntas [de las astillas de cristal] aprisionaban la luz como si soltaran chispas. Reventaban arcoíris en los bordes agudos” (p. 86).

“Las notas herían con su hermosura. Alcanzaban una cima en que ya no reflejaban sino su propia belleza” (p. 97).

Pero su mayor virtud, sin duda, es su notable inventiva, gracias a la cual se eleva a lo fantástico. De hecho, es preciso resaltar que constituye un valiosísimo aporte a la más bien escasa tradición de la narrativa fantástica colombiana. Es explicable, pues, que los seis cuentos que exalto como antológicos lo sean sobre todo por esa índole fantástica.

“Matiné, vespertina y noche” es el resultado original de una hábil y eficaz aplicación de la misma estrategia de *Alicia en el País de las Maravillas*: una niña es llevada por sus padres al cine, donde la dejan sola viendo la película, no sin advertirle, antes de irse, que no se mueva de allí hasta que vuelvan. Pero no vuelven y la niña se queda viviendo durante años y años en el cinematógrafo, donde se hace grande y llega a tener dos amantes. Un día, al finalizar una película que ve con el segundo de ellos, encienden las luces y aparecen sus padres: “Ven, Sofy. Ya se acabó el cine y nos vamos”. La historia que hemos leído, de las aventuras vividas por la protagonista en la sala de cine... ha sido solo una breve fantasía de la chica, como el sueño de Alicia recostada en la falda de su hermana.

En “La perrita”, hay canes domésticos que pertenecen a una extraña condición: “se definen”, esto es, a partir de cierta etapa de su vida se vuelven invisibles, no ladran, no comen y se tornan tan suaves al tacto que casi no se sienten. Pero a ese misterio se añade otro: solo unos privilegiados seres humanos tienen la capacidad de seguir

percibiendo su existencia una vez se han “definido”.

“Tránsito” trata de una empleada doméstica que, como el libro de poemas de Francis Ponge, toma partido por las cosas, en el sentido más literal posible. A tal punto que, muerta ya, vence con gran esfuerzo las limitaciones propias de los fantasmas para asesinar a quienes planean demoler la casa en la que tanto ha servido, lo que supondría también algo inadmisibles para ella: la pérdida de todos sus amados muebles y objetos.

“A las abuelitas les encanta” narra una historia en la que el prodigio tiene tintes aterradores. En una residencia de ancianos, a las viejecitas les espera, una por una, un fin inevitable al que llegan sin saberlo: las cuatro patas del caminador acaban integrándose a sus extremidades inferiores, que se tornan igual de delgadas. De modo que, y como resultado de un proceso paralelo de empequeñecimiento general, devienen arañitas de seis “largas patas blancas” que las enfermeras botan con cuidado en el jardín. El lector ignora si esa transformación es espontánea o es una obra perversa de las enfermeras.

“Afinidad” evoca al Cortázar de “La noche boca arriba”: una mujer que vive con su marido, en medio de un gran confort, en Nueva York, se topa por azar con un cuadro que representa una escena salvaje de unos piratas en un mar del Lejano Oriente. Fascinada, siente de pronto que la sal y la espuma de ese mar figurado la salpican; así ingresa en el mundo de dicho grabado, donde ahora es otra y se alegra de reunirse con uno de los marinos que es su amante y a quien le explica que ha sido llevada a otro mundo quizá mediante un acto de brujería. El lector se pregunta: ¿lo que vive en Nueva York es la realidad y el mundo del grabado oriental es la fantasía, o es al revés?

En “La armónica de cristal”, el cuento que le da título a la serie y con el que se cierra el libro, asistimos a la intrusión súbita de la magia, bajo formas visuales y acústicas, en la vida cotidiana y doméstica de una mujer.

Ojalá, pues, este libro adquiera la notoriedad y el reconocimiento que su gran calidad reclama, y se abra paso entre muchos lectores que serían felices leyendo sus historias.

Joaquín Mattos Omar